

LA VIBRACIÓN

Gustavo Hernández González

Copyright © Gustavo Hernández González, 2012.
Reservados todos los derechos.

<http://www.facebook.com/lavibracion.novela>
Email: la-vibracion@hernandez2.eu

Depósito Legal
GC 649-2012
ISBN 978-84-616-0314-5

Portada: Eva Hernández.

Publicado en Morrisville,
Carolina del Norte, EE.UU.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, o cualquier otro, incluyendo las fotocopias.

A mi familia, Goyi, Eva y Javier por su ayuda en la creación de esta novela y por su apoyo incondicional.

A Tomás, por animarme a empezar a escribir.

Parte I. – LA VIBRACIÓN

Capítulo 1. Las abejas.

Los últimos rayos de sol caían sobre las flores del jardín mientras unas abejas recogían polen en las margaritas y, con su leve zumbido, ponían música al precioso atardecer de este primer día de septiembre. Aún se podía disfrutar de las tardes en el exterior de la casa que habían comprado en Valsequillo. El día había sido caluroso, en exceso, y Santiago disfrutaba del aire fresco que se respiraba en el jardín apurando una cerveza mientras pensaba qué haría en la vacaciones de febrero: un viaje a Sudáfrica para ver delfines, o a conocer la Patagonia, o... Una ligera vibración le sacó de sus pensamientos...

—¿un camión por la carretera cercana?, ¿un pequeño temblor de origen vulcanológico?, ¿imaginaciones mías?...bueno, qué más da lo que piense; si es importante ya lo dirán en las noticias.

Días después recordó el temblor, y al llegar a casa visitó la web del Instituto Geográfico Nacional pero no encontró nada fuera de lo normal. Como casi todas las tardes de septiembre, su mujer y él se disponían a tomar un refrigerio en el jardín y charlar sobre los asuntos del día. Este diálogo vespertino era y seguía siendo uno de los pilares de su relación; siempre buscaban momentos para compartir, aunque procuraban no hablar de política, solo lo justo, bastante mal estaban las cosas para estar recordándolas.

—Santi, trae las cosas para picar que dejé sobre la encimera, porfa.

—Voooooy.

— *Hoy ha venido un cliente a devolver el material que compró hace un mes porque dice que va a cerrar su empresa. Me dio pena; trabaja con nosotros desde hace casi 20 años.*
—dijo Carmen.

—*¿Y qué ha dicho Antonio? ¿Le ha recogido el material?*

—*Sí. Todo aquello que estaba sin usar lo ha recogido al mismo precio que le costó y le ha ofrecido una cantidad por lo que ya estaba usado, pero ha preferido destinarlo a pagar a sus empleados.*

—*¡Joder! Sí que es una putada. ¿Mucha gente a la calle?*

—*No sé exactamente, pero creo que sobre unas 30 personas más o menos. Oye, ¿no quedamos en que barrerías el porche?*

—Sí... esta mañana antes de salir lo barrí.

—Mira, está lleno de ciscos.

—Espera, voy a ver. Coño, no son ciscos, son abejas... y el jardín está lleno de ellas. ¡Qué raro! Voy a ver la colmena que está en el terreno de Juan. Ahora vengo.

Por cierto, no las oigo zumbar, pensó.

Al cabo de unos minutos, Santiago regresó junto a su mujer.

—¡No te lo vas a creer! No hay ni una en la colmena, al menos que yo vea, pero el suelo está lleno de abejas muertas.

—¿Qué dices? Sí que es raro. Les habrá pasado algo. Habrá muerto la reina.

—*¡Ya! Y se suicidaron por pena. ¡Venga ya! Es raro. Luego miraré en internet a ver si encuentro algo sobre sucesos similares.*

Aquella noche, mientras Carmen dormía, Santiago recordó lo de las abejas y buscó información en internet.

—*Seguro que tiene que ver con la dichosa antena de telefonía móvil que han puesto en la montaña* —dijo en voz baja.

Después de tres horas buscando, y a punto de que se le cerraran los párpados, descubrió que acababa de ocurrir lo mismo en Lenwood, un pequeño pueblecito de California; el suelo lleno de abejas y todas muertas. El protagonista de la noticia tiene una pequeña granja con colmenas de las que obtiene miel y aseguraba que no le había quedado una sola colmena con vida, leía Santiago.

—Desde luego sería casualidad que fuera lo mismo.

Se decidió a enviarle un correo electrónico, con su inglés de andar por casa, contándole lo que les había pasado.

Dos días más tarde, el 7 de septiembre, recibió respuesta de Eric, el granjero de California. Contaba que por su granja aparecieron unas personas ataviadas con monos y guantes blancos que decían pertenecer a USDAⁱⁱ, o algo así, llevándose todas las colmenas y las abejas muertas que aún quedaban en el suelo. Metieron las colmenas en bolsas, precintándolas, y las abejas en unos tarros de cristal que también cerraron y precintaron; tras recogerlo todo se marcharon, sin explicaciones, después de dejarle una orden judicial. Parecía sacado de una peli, pensó.

Aquella misma tarde, en el jardín:

—*¿Qué tal el día?* —preguntó dulcemente al ver la cara de pocos amigos de Carmen.

—*Fatal. Dice Antonio que si las cosas no mejoran de aquí a fin de año tendrá que prescindir de algunos de los nuevos. Vaya faena. Marcela se irá a la calle. Se separó en enero y ahora esto.*

—*Tiene niños, ¿no?*

—*Tiene tres....Ábreme una birra.*

—*¿Con o sin?*

—*Con, que mañana es sábado, a ver si nos alegramos y cae algo esta noche.* —dijo con esa cara pícara que tanto le gustaba a Santiago, mientras le picaba un ojo y le sacaba la lengua provocativamente.

Santiago no le contó que por la mañana, desde el trabajo, llamó a Medio Ambiente para informar de lo sucedido con las abejas. Le contestaron que probablemente fue debido a un golpe de calor.

Esa noche, cuando Carmen se quedó dormida se conectó a internet. Le picaba la curiosidad. Empezó a encontrar mensajes de otras personas que habían presenciado el mismo fenómeno en otras partes del mundo, y no solo eso, también hablaban de otros incidentes que él no había notado como hormigueros vacíos; o perros que no olisqueaban todo lo que encontraban a su paso, sino que mostraban un comportamiento extraño, con la cabeza continuamente en alto mirando hacia todos lados y con el rabo entre las patas; los grillos tampoco cantaban de noche; ni los pájaros de día, aunque estaban ahí; y así

una larga lista de anomalías. Desde luego era raro, y pasó de la curiosidad a verdadero interés por saber qué pasaba y cuál era la causa de estos cambios en el comportamiento de los animales.

En todos los foros de internet siempre está el típico miembro que le quita hierro al asunto y busca alguna escondida explicación a cualquier cosa que ocurra. En los que Santiago visitaba había algunos usuarios como estos pero él no les prestaba atención; por su parte, había despertado, en su interior, al monstruo del interés por los fenómenos extraños, y cuando esto ocurría le costaba tiempo y esfuerzo volver a pararlo, aunque ponía todo su esfuerzo en no excederse entre otras cosas porque siempre terminaba teniendo problemas con Carmen.

Pasó varios días pendiente de internet en su tiempo libre. Le llamó la

atención la denuncia que un físico manifestaba en los medios de comunicación acerca de su despido por publicar en foros científicos que se ocultaba información sobre un movimiento sísmico ocurrido el día uno de Septiembre. De hecho, un incidente del mismo día estaba sin contenido, completamente en blanco, en la web del Instituto Geográfico Nacional, y por la hora que indicaba parecía coincidir con la vibración que él sintió. El IGN había publicado una nota en su web aclarando que, debido a una avería técnica, la información de dicho incidente se había borrado de su base de datos. El denunciante afirmaba que al día siguiente del incidente los datos habían sido borrados por mandato de los superiores, sin especificar quién dio la orden. Él, que estaba de guardia ese día, se negó a modificar su informe sobre las características del hecho que registró

porque le pareció extraño que fuera detectado por todos los equipos con la misma intensidad estando estos tan distantes sobre la geografía del país.

Su jefe le pidió que considerara el movimiento como cualquier otro de los cientos de sismos pequeños que se registran diariamente y que destruyera el informe; él, como respuesta, decidió darle entrada en el registro del Instituto.

A la mañana siguiente, cuando intentó entrar al IGN su tarjeta no abrió la puerta. El vigilante de seguridad le informó de que habían revocado sus credenciales, y posteriormente le comunicaron su despido. Se acercó a la recepción y, curiosamente, allí le confirmaron que el documento que tenía en la mano, con el sello del IGN y la fecha del día anterior, no estaba en el libro de

registro. El científico solicitó registrarlo pero le dijeron que tenía que modificarlo porque el escrito decía que era físico del IGN y ya no lo era, así que se marchó a casa y desistió.

Al día siguiente, miércoles, Santiago vio una noticia perdida en el telediario según la cual unos científicos estaban preocupados porque las migraciones de aves sufrían algún tipo de problema porque no se dirigían hacia donde se suponía que debían ir. En internet, concretamente en el foro de una universidad sudafricana, encontró también una noticia en la que se afirmaba que los delfines habían desaparecido de toda la costa del país. En estas fechas del invierno austral se produce la migración de millones de sardinas buscando el plancton en las aguas frías al sureste de Sudáfrica, razón por la cual siempre abundan los delfines y tiburones; sin embargo, en

esta ocasión, era imposible avistar un solo delfín. En Australia, termiteros gigantescos habían quedado vacíos de la noche a la mañana. En Kenia y Uganda, las grandes lagunas se quedaron sin flamencos..., y así varias noticias más relativas a incidentes con animales en diferentes partes del mundo, aparentemente aisladas entre sí, sin que nadie las vinculara

Santiago daba vueltas a todo esto en su cabeza. No conseguía encontrar una razón lógica a los hechos que iba descubriendo. Le encantaba hallar una explicación a todo, pero en esta ocasión no podía. Volvía a releer las noticias hasta que de repente:

—¡Coño! ¿Qué está pasando?

